

La librería errante

Un día de 1987, Bruno Barla, quien solía frecuentar la librería en la que trabajaba con mi cuñado en la calle Quillota, nos fue a pedir una fotocopidora para la Escuela. Ante la necesidad que nos planteaba, decidimos que yo me haría cargo y me trasladaría con la máquina —además de unos papeles y unos lápices— a probar suerte en ese lugar.

Al comienzo nos instalamos en el subterráneo de la biblioteca y atendíamos a través de una pequeña ventana que daba al Patio de la Escultura; parecía la boletería de un estadio, aunque en ese tiempo había pocos alumnos, no más de cien. Una vez que la biblioteca requirió del espacio, nos mandaron a uno de los talleres que estaban medio abandonados bajo la antigua sala de primer año. Esta etapa no prosperó y mi cuñado decidió cerrar el negocio.

A mediados de los noventa, Jaime Reyes y otros profesores ayudantes impulsaron la Sociedad de los Nombres, una iniciativa amparada por la Dirección para hacer de la fotocopidora una librería de verdad. Cuando la sociedad se disolvió, Jaime me buscó para ofrecerme la venta de este negocio que habían equipado. La oferta era tan noble a mi favor que la acepté y decidí volver a intentar con lo que quedaba en el local.

Por segunda vez, un cambio en la infraestructura —la construcción del nuevo edificio para primer año— nos llevó a reinstalarnos al fondo del estrecho pasillo que conecta las dos casas de la Escuela. Al poco andar, la estrechez de esa pieza nos obligó a gestionar otra mudanza, la última: al otro lado del pasillo en la antigua sala del palto. Ahí nos quedamos y empezamos a diversificar los servicios y los productos. Incorporamos, por ejemplo, el ploteo de láminas, una herramienta fundamental

para los estudiantes. Esto significó que nuestros horarios se adaptaran a sus necesidades, en que en períodos de entrega abrimos incluso sábados y domingos. Colaborar en su proceso de trabajo nos ha vuelto cercanos y ellos reconocen ese apoyo. Para una ceremonia de entrega de título en la Casa Central, una alumna me agradeció directamente en su discurso de despedida. Eso es emocionante.

Hay un objeto que de alguna manera hila esta trayectoria de la librería: los cuadernos. De nuevo Jaime Reyes me pide que fabrique unos cuadernos que hacían para los alumnos (tapas negras, papel ahuesado), y sin saber mucho del oficio, empecé doblando hojas que después se las pasaba a Adolfo para que las pegara. Esta práctica de a poco la fui dominando hasta encargarme del proceso completo, llegando a implementar la encuadernación al hilo que yo misma hacía con la máquina de coser que tenía en la casa para arreglar la ropa de los niños. Así surgió una variante artesanal de los famosos Moleskine, que fueron tomando formatos y colores muy diversos. Hasta que un día, Chicano me sugiere que les pusiera nombre y los llame ElsaBook. Así quedaron bautizados, y la alumna Nicole Ruiz hizo el logo.

Cuando la pandemia nos obligó a suspenderlo todo y a cerrar la librería, el **2021**, desde mi casa hallé la forma de hacerme un lugar en las redes sociales y poner los cuadernos en circulación para los alumnos de la Escuela, que aunque vivían en internet, no abandonaron el uso de los cuadernos. De esa manera el vínculo con ellos se mantuvo vigente.

Elsa Ampuero León